

Emociones en movimiento: migración, transnacionalismo y pertenencia

Objetivo y marco teórico

El objetivo de esta comunicación y de la investigación (aún en curso) que la sustenta es aportar al estudio y a la comprensión de las migraciones internacionales y de la movilidad humana desde el análisis de los procesos emocionales de aquellos que viven sus vidas desde la transnacionalidad. En concreto me gustaría presentar brevemente algunas de las “contienda emocional” que acompañan el proceso de asentamiento de los migrantes venezolanos recientes que llegan a la ciudad de Bogotá.

El concepto mismo de “contienda emocional” que Besserer Alatorre denomina contienda de sentimientos alude al papel que juegan las emociones y los afectos en las relaciones de poder en un contexto determinado como elementos constitutivos y también como productos de esas relaciones de poder. Relaciones de poder y emociones que por supuesto están sujetas a cambios y transformaciones que, en el caso de la migración internacional y todavía más en el caso de migraciones internacionales como la venezolana de épocas recientes, son enormemente rápidos y en muchos casos, por no decir en todos, también, percibidos como violentos, percibidos, de hecho, en muchos casos en términos de lucha.

En esta misma línea los estudios de las emociones y la movilidad entienden que las emociones dan forma y son moldeadas a su vez por los procesos de movilidad y que el caso de los migrantes transnacionales y los refugiados impone enfrentar determinadas prácticas emocionales específicas que son parcialmente comunes a la experiencia de movilidad experimentada por estos colectivos como pueden ser el enfrentar sentimientos anti-inmigración, el establecimiento de vínculos emocionales con los lugares y personas (experimentados, recordados e imaginados) en origen y destino, etc (Svasek, 2010). El desplazamiento entendido, por tanto, como un desplazamiento no sólo físico sino de emociones y significados (Hirai, 2014).

Flujo migratorio de venezolanos a Colombia

Aún cuando la mayoría de las personas que emigraron y continúan emigrando desde Venezuela lo hace por razones económicas, las características propias de este flujo migratorio lo hacen comparable a otras crisis de refugiados que se han presentado en diferentes contextos internacionales debido fundamentalmente a la rapidez e intensidad en la llegada de personas en comparación con la migración económica tradicional que suele ser más lenta y progresiva, y debido también a la gran vulnerabilidad socioeconómica de las familias migrantes en el momento de la llegada. Muchos han solicitado, además, el estatuto de refugiado por situaciones de violencia en sus lugares de origen o por otras formas de persecución, etc.

Proyecciones realizadas por la Plataforma de Coordinación para Refugiados y Migrantes de Venezuela estiman que a finales de 2020 seis millones y medio de venezolanos habrían emigrado a nivel global, estableciéndose alrededor del 85% en Latinoamérica y el Caribe. En el caso particular de Colombia esta misma organización estimaba el número de venezolanos que se habrían asentado en sus territorios a finales de 2020 en 2,4 millones. Según cifras oficiales del gobierno colombiano, de

hecho, a finales de junio de 2019 alrededor de 1,4 millones de venezolanos se encontrarían residiendo en Colombia ubicándose el 22% de dicha población, alrededor de 320 mil, en la capital del país.

Metodología y lugares de la investigación

Las reflexiones que se expondrán en esta comunicación son el resultado de una investigación etnográfica llevada a cabo en las ciudades de Bogotá y Lima tanto con población migrante venezolana como con funcionarios encargados de la atención a esta población pertenecientes tanto a instituciones gubernamentales como a otras organizaciones internacionales. El trabajo de campo se llevó a cabo entre los meses de Septiembre a Diciembre de 2019.

Los tres puntos fijos de atención donde se llevó a cabo el trabajo de campo se ubican en el Centro Integral de Atención al Migrante (CIAM) y el Centro Abrazar ambos dependientes de la Secretaría Distrital de Integración Social de la Alcaldía de Bogotá, y en el Centro de Atención al Migrante de la Arquidiócesis de Bogotá; se trata, por tanto, de contextos altamente estructurados y profesionalizados donde se producen encuentros, también emocionales, entre funcionarios y migrantes donde el trabajo mismo y sus requerimientos (la atención en aquellos aspectos cubiertos por las organizaciones que allí se encuentran: información, atención a madres gestantes y lactantes, desnutrición infantil de niños hasta 2 años, asesoría legal, etc) construye la imagen de los migrantes de una manera específica y moldea ciertas formas de interacción emocional que, en gran medida, son representativas de las relaciones entre la población local y los migrantes venezolanos y de las narrativas que, sobre dichas relaciones, construyen tanto los funcionarios como los migrantes y, en definitiva, representativas de algunas de las contiendas emocionales que caracterizan la llegada y el asentamiento de este flujo migratorio en la ciudad de Bogotá.

Contiendas emocionales

1. *La erosión de la confianza* (Daniel y Knudsen, 1995)

La confianza, en algunos estudios ya clásicos sobre flujos migratorios y emociones, sobre todo en el caso de refugiados, ha sido teorizada como una de las condiciones sine qua non para el establecimiento de sentimientos de pertenencia con los lugares de asentamiento de los migrantes. La confianza entendida no tanto como una actitud consciente, una creencia sino una manera de estar en el mundo, culturalmente construida, donde nos sentimos en el ámbito de lo familiar o donde sentimos que tenemos cierto control sobre las circunstancias que nos rodean. En el caso de los venezolanos la desconfianza pasa definitivamente al ámbito de lo consciente y adopta unas magnitudes que marcan sus relaciones con la población local y con otros venezolanos. Esa erosión de la confianza, comienza para los venezolanos a los que entrevisté si no antes de emprender la travesía migratoria definitivamente durante la misma:

“Tengo 19 años y me vine hace 6 meses para acá, en bus hasta el Táchira que es una frontera con Cúcuta y pasé por la trocha porque el puente estaba cerrado. A veces en la trocha los mismos venezolanos se aprovechan de uno porque los venezolanos traen dólares y entonces uno tiene que pagar para que lo dejen pasar pero yo como conocía a alguna gente pues pasé gratis. Y en los terminales se aprovechan también mucho del que migra, le cobran 100 mil, 120, 150 por el bus de Cúcuta a Bogotá...están estafando mucho a la gente sí me entiendes?”

La desconfianza continúa y reina en gran medida en la relación del funcionario público con los migrantes en los contextos de atención y esto se materializa en el flujo de información entre unos y otros:

- los migrantes desconfían del uso que se pueda hacer de la información que comparten con los recolectores y dispensadores de información que son los funcionarios y, de hecho, terminan por no compartir información que creen que podría perjudicarles (no denuncian abusos, solicitan ciertas ayudas por miedo al ser irregulares, etc) ;
- el sistema burocrático vuelve irrelevantes las biografías particulares de las personas atendidas y, en el caso de estos migrantes son esas autobiografías, el quiénes eran, el lugar desde donde los significados y la confianza pueden restablecerse.
- Los funcionarios, además, justificaban la falta de coordinación institucional, la desinformación generalizada de los migrantes atendidos argumentando que debían dosificar la información para no saturar a los migrantes que se van construyendo, en este sistema de atención, como seres deficitarios, caracterizados por todo aquello de lo que carecen. Ambos, funcionario y migrante, creen en la identidad nacional pero la del anfitrión se considera como intacta mientras que la del migrante se percibe como una hecha añicos por parte de ese mismo sistema.
- La desconfianza presente en las relaciones entre funcionarios y migrantes, que los migrantes experimentan también en sus relaciones cotidianas con la población colombiana se refleja, también, en la necesidad de los venezolanos atendidos de distinguirse de esos otros venezolanos migrantes, ellos sí amenazantes, ellos sí dignos de desconfianza en las narrativas de los migrantes atendidos que de alguna manera explican la desconfianza recibida. Y esa lucha por desplazar al sujeto de la desconfianza hacia ese otro venezolano que no soy yo se basa en las distintas experiencias vitales y autobiográficas del quién era yo que ese sistema de atención ignora.

“(Chico 19 años)La discriminación aquí en Bogotá es fuerte, más que en Cúcuta...Ahorita andamos vendiendo caramelos, chucherías y se los ofrecemos a la gente y la gente una mala cara y al cambio les devolvemos una sonrisa, no le paramos bolas y seguimos. Hay también muchas buenas gentes que nos brindan apoyo y nos compran...Tampoco los juzgo; vino también mucha plaga, mucha gente coñoemadre de allá de Venezuela, muchos ladrones pues la gente se cubre, se trata de cubrir pero también vino mucha gente humilde, trabajadora que vino a ganarse el pan, a trabajar humildemente y tener una vida...”

2. *Prácticas emocionales que refuerzan o resquebrajan el orden moral específico de la familia transnacional* (Svasek, 2010)

La grandísima mayoría de los venezolanos en Bogotá tienen deseos de permanecer y de reagrupar a sus familias y muchos de ellos habían contactado con familiares que ya residían en Bogotá y que, a su vez, les animaron a migrar, les ofrecieron alojamiento y ayuda para la llegada e, incluso, les pagaron parte o la totalidad del viaje. Los vínculos transnacionales entre Colombia y Venezuela vienen de lejos y hay un altísimo número de familias binacionales, ya antes de que comenzara la llegada de venezolanos hacia Colombia en épocas recientes (la migración se había dado en sentido opuesto tradicionalmente). La importancia de las redes en los procesos de asentamiento de los migrantes, especialmente los migrantes que viajan en condiciones de irregularidad administrativa y ante políticas y legislaciones migratorias cada vez más restrictivas, es más que conocida; y esto es muy palpable en el caso de la migración venezolana. Sin embargo, hay una tensión entre la obligación de ofrecer ayuda y apoyo al recién llegado por parte de los miembros de su familia que viajaron antes que él, entre la solicitud de ayuda y apoyo entendida como legítima en el escenario previo a la migración y la materialización de dicha ayuda. No es raro que, después de ofrecerse a acoger al familiar en cuestión, el que se había ofrecido no aparezca una vez que su familiar ha llegado, no responda a las llamadas o solicitudes de ayuda o termine, incluso, echando al familiar a la calle al cabo de unos días. Las relaciones transnacionales y las emociones a ellas asociadas que operaban en el contexto premigratorio son puestas a prueba y transformadas en el nuevo escenario dejando al migrante recién llegado en muchos casos sin el asidero identitario del quiénes éramos que poco a poco va atomizándose al quién era yo como punto de partida para la reconstrucción del sentimiento de pertenencia.

“(Chico 19 años) Aquí en Bogotá había una prima mía y me brindaron unas manos, me dejaron un espacio ahí chiquito que había y nos acomodamos y entramos toditos...Pero cuando uno no tiene plata es como el muerto: a los 3 días apesta y yo salí a buscar trabajo y nada! . Yo me tuve que marchar de donde mi prima, la comida y eso...como yo no aportaba nada me tocó irme y dormir en la calle...ha sido pesado, ha sido duro.”

3. *Sentimientos inapropiados de los migrantes* (Besserer Alatorre, 2014)

Los migrantes venezolanos en sus interacciones emocionales con los funcionarios públicos que les atienden, así como en sus narrativas sobre sus interacciones con la población colombiana en sus barrios de residencia y trabajo muestran a menudo sentimientos y reacciones emocionales consideradas inapropiadas por parte del propio sistema burocrático de atención. Esta dialéctica de los afectos pone de manifiesto la evidente tensión entre afectos hegemónicos y subalternos en un contexto determinado. En el contexto del sistema burocrático de atención a los migrantes venezolanos se espera por parte de los funcionarios que el migrante pida pero no exija, escuche pero no replique, que muestre agradecimiento pues se encuentra en

una situación de clara vulnerabilidad, en una posición subalterna así como espera la misma actitud el empleador frente al migrante venezolano que pide trabajo, el arrendador en la búsqueda de vivienda, etc.

Y en este contexto de desconfianza, de atomización de las relaciones sociales familiares en el momento de la llegada, la persona se convierte en el lugar de la explotación, de la subordinación y de la resistencia, de la contienda. Los migrantes venezolanos narran en muchos casos, experiencias de resistencia, de enfrentamiento emocional ante esa imagen de sí mismos que reciben tanto en el ámbito institucional como en los espacios públicos y privados de interacción con la población local:

“...”yo no me dejo gritar ni por mi mamá; yo puedo ser de otro país pero usted no va a venir de grosera conmigo porque si yo fuera grosera con usted está bien” y andaba quitando el papel que iba a cortar los servicios y yo le decía que tenía que esperar a que se cumpliera “que si para usted hay leyes para mí también”

Esos pequeños actos de resistencia encarnados en una sonrisa cuando se esperaba que se bajase la mirada, en una respuesta o una insistencia cuando se esperaba que callara no suponen, sin embargo, un cuestionamiento de esa lógica productiva de des-socialización y desvinculación con los servicios del Estado, de precariedad y atomización donde los migrantes dependen, y creen depender, fundamentalmente de su propia motivación para poder sobrevivir.